

San Pablo: saber de quién nos fiamos:

Estuvo entre los primeros cristianos. Como él mismo relata en sus cartas y es descrito hasta tres veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles, su vida fue un verdadero milagro, una elección gratuita. Tanto más sorprendente cuanto que fue encontrado por aquel a quien él perseguía. Tal paradoja le dejó para siempre descabalgado de toda su pasión torcida y confundida. Y siguió teniendo pasión, más si cabe todavía, pero ya no anidaba en su entraña ni el rencor ni la insidia. Fue fulgurante aquel inesperado e inmerecido encuentro, y al fulgor de su excesiva luz sus ojos cambiaron de dueño: no serán ya para la persecución, sino para la adoración de Dios y para el celo misionero.

Me estoy refiriendo a Pablo de Tarso, el Apóstol de los gentiles, junto con Pedro una verdadera columna de la Iglesia del Señor. Dios le tocó el corazón, le abrió los ojos y su vida quedó del todo cambiada para siempre. El mundo se le hizo pequeño para contar de mil modos su encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco, y no pararía de viajar para decir a todos de quién se había fiado, el tesoro que había encontrado en el Señor, y cómo Dios se hizo para él cercano como un abrazo, tierno como el mismo amor, humilde como la entrega de la vida.

No fundó ninguna congregación de vida consagrada, pero fue sembrando la Palabra de Dios en toda aquella inmensa tierra que sus pies viajeros pisaron. Y surgieron comunidades cristianas a las que se dirigía con la espada de su voz y el ardor del misionero que llevaba dentro. Roma, Galacia, Tesalónica, Corinto, Filipos, Atenas... España quizás. Indómito en su vivencia de Cristo, es en este año jubilar un referente para la vida consagrada en todas sus formas.

En esta jornada dedicada precisamente a la Vida Consagrada, encontramos en San Pablo ese perfil de alguien que ha volcado su tiempo, sus espacios, su amor y su vida entera al Señor. Tenía límites que no quiso desvelarnos y los dejó tras el pudoroso anonimato del agujijón que le espoleaba, pero nos dijo mucho más cuando nos compartió el gran secreto: la gracia le bastaba. Todo lo conside-

ró basura con tal de ganar la única riqueza verdadera: Cristo. Y hasta en los momentos más duros, los más incomprensidos, los de mayor acoso y algún derribo, sacará fuerzas precisamente de su indignancia: cuando él era débil entonces paradójicamente tenía fortaleza, por fiarse una y otra vez del Señor que en todo le confortaba.

San Pablo es también un reclamo para la vida consagrada, porque el amor apasionado por Cristo, el celo misionero de llegar a las gentes, y su inquebrantable fidelidad a la Iglesia, hacen de él un paradigma en el seguimiento del Señor a través de los diversos carismas. El Papa Benedicto XVI recordaba en una catequesis cómo el Apóstol Pablo era un hijo de la Iglesia: «San Pablo no actúa como un “solista”, como un individuo aislado, sino (...) en el «nosotros» de la Iglesia. Este “yo” de Pablo no es un “yo” aislado, sino un “yo” en el “nosotros” de la Iglesia, en el «nosotros» de la fe apostólica» (31.ene.2007).

Esta armonía complementaria que aparece en Pablo entre su «yo» personal y el «nosotros» eclesial, es todo un itinerario que permite vivir los carismas desde la comunión entre ellos, y la comunión con la Iglesia como tal. Por este motivo, Benedicto XVI afirma: «Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración. El es también nuestro maestro, apóstol y anunciador de Jesucristo también para nosotros» (28.jun.2008). Todo un perfil que despierta y acompaña la fidelidad en la vocación recibida.

✠ **Jesús Sanz Montes, ofm**

Obispo de Huesca y de Jaca

Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada

Fiesta de la presentación del Señor

MONICIÓN DE ENTRADA

Queridos hermanos todos. Hemos sido convocados por el Señor Jesús para celebrar hoy la fiesta de su Presentación en el Templo. Sus padres, María y José, cumpliendo con la tradición de su pueblo, acuden al Templo con el Niño en brazos, a los 40 días de su nacimiento. Hoy, justo 40 días después de la Natividad del Señor, también nosotros somos presentados ante el Dios de la Vida por la misma la Virgen María en su maternidad eclesial y la fiel custodia de san José, en la paternidad pastoral de nuestro Obispo diocesano.

Los consagrados y consagradas hemos recibido en la Iglesia esta hermosa vocación de vivir completamente entregados a Dios para estar dedicados gozosamente a su servicio. Y hoy nos congregamos en Su Casa para escuchar Su Palabra y celebrar el sacramento de la Eucaristía, verdadero *sacrificio de alabanza* por el que somos transformados a diario en *una ofrenda permanente*, agradable al Padre, por Jesús, en el Espíritu.

Hace años, el venerado siervo de Dios el papa Juan Pablo II, instituyó esta fiesta como *el día de la Vida Consagrada*. Hoy, todos nosotros renovamos la consagración presididos por nuestro Obispo, y salimos al encuentro del Señor con la luz que el Espíritu Santo ha hecho arder en nuestros corazones.

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN

[Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia.]

El Celebrante:

Hermanos y Hermanas:

En esta fiesta de la Presentación –popularmente conocida por *la Candelaria*–, somos invitados al agradecimiento sincero por nuestra vocación

Si tu vida es Cristo

consagrada, suscitada en la Iglesia como una *luz que el Padre ha puesto en el candelero, para que alumbre a todos los de la Casa*. Nosotros, llamados por la misericordia de Dios, hacemos presente en este mundo el Amor de Dios, Su Compasión, Su Visita. La diversidad de carismas en las distintas formas de consagración pone de manifiesto la múltiple gracia con que el Dios Trinitario ha querido adornar y embellecer a su Iglesia. Hoy renovamos nuestro particular seguimiento de Cristo pobre, casto y siempre obediente al Padre.

(Todos oran en silencio durante algún tiempo)

El Celebrante:

Bendito seas, Señor, Padre Nuestro, porque en tu gran misericordia, con el susurro de tu Espíritu, no has dejado de llamar, a lo largo de la historia, a hombres y mujeres que, consagrados a Ti, fuesen en la Iglesia manifestación viva del seguimiento radical de Cristo, testigos creíbles del Evangelio, profetas humildes y valientes de tu Reino, hijos fieles de la Iglesia, peregrinos hacia la patria del Cielo. Por ello ¡te glorificamos!

Cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(I) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra porque en tu Hijo Jesús nos has mostrado el camino del amor sin medida en el servicio de la Caridad. Cristo ha hecho de Tu voluntad su alimento y su descanso, su fortaleza y su alegría.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por habernos querido asociar íntimamente a este misterio de Obediencia filial, en Cristo, por Cristo y con Cristo. La Virgen María, la Sierva obediente, siempre dócil a tu Palabra, nos toma de su mano para renovar hoy nuestra sincera adhesión a tu Santa Voluntad, confesada mediante el voto de obediencia que un día profesamos en el seno de tu Iglesia.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(II) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro Dios y Señor, nos has dado la Verdad de tu Amor, donación sin reservas y entrega sin límite. Él, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, nos ha mostrado la dicha evangélica reservada para los *mansos y humildes de corazón, los pobres de espíritu, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, los perseguidos y los que sufren a diario por causa de tu Reino.*

Lector 2º:

Gracias, Padre, porque en Cristo nos lo has entregado todo. Él es *tu Hijo Amado, en quien tienes puestas todas tus complacencias.* Él, nuestro maestro y nuestro hermano, es el Hombre-Dios paciente y misericordioso, compasivo y fiel, que ha venido a buscar lo que estaba perdido y a enseñarnos a caminar hacia el Cielo. De Él aprendemos que no tenemos, aquí en la tierra, otro lugar donde reclinar nuestra cabeza que no sea su pecho traspasado en el madero de su cruz gloriosa. Junto a Él estamos felices de vivir desprendidos y generosos, compartiendo nuestros bienes con los necesitados y proclamando que sólo Cristo es nuestra Riqueza y nuestro Tesoro.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(III) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te damos gracias, porque en Jesucristo, el Hijo Bendito de la Bendita María, hemos sido seducidos por Tu Amor, enamorados de tu Reino y conducidos a la virginidad de nuestros corazones. Como María podemos hoy decir: ¡Somos de Cristo y le pertenecemos sólo a Él!

Lector 2º:

Gracias, Padre, por tu Hijo Jesucristo, Esposo fiel de la Iglesia. Renueva Tú en nosotros el fuego de tu Amor, la dicha y la alegría de vivir la ver-

Si tu vida es Cristo

dadera castidad y la pureza sincera, de cuerpo, mente y corazón, una auténtica *humanidad lograda* en la santidad de nuestra consagración.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El celebrante:

¡Oh Señor!: mira con ojos de misericordia a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: un día les llamaste y ellos te siguieron. Lo dejaron todo por Ti. ¡Renueva hoy en sus vidas el fuego ardiente del *amor primero*! ¡Ayúdales a caminar presurosos tras de Ti e infunde en sus corazones el auténtico *discipulado* que nace de tu llamada! ¡Dales la *adhesión del corazón* a tu Santo Evangelio y la *comunión sin fisuras* con nuestra Madre la Iglesia! ¡Hazlos fieles cooperadores de la Verdad y leales colaboradores de tu Reino. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Asamblea: (Cantando) Amén, amén, amén.

PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas cuatro específicas]

- Señor, tu Palabra es *lámpara para nuestros pasos*. Te pedimos hoy por todos los jóvenes que te buscan aun sin saberlo; conduce sus vidas con la Luz radiante del Evangelio. *Roguemos al Señor*.
- Te pedimos también Señor por todos los religiosos, los miembros de institutos seculares y de nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes, por cuantos han recibido el don de la llamada a la consagración, para que, alcanzados por Cristo como el apóstol Pablo, sean auténticos testigos de la Resurrección y firmes defensores de la Vida, en nuestra sociedad y en el mundo entero. *Roguemos al Señor*.
- Por las familias, elegidas por Dios para transmitir la fe a la próxima generación, para que impulsadas por la esperanza y el amor de Jesús, puedan

ejercer su misión de engendrar vocaciones para el Cielo. *Roguemos al Señor.*

- Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que todos seamos uno por el Amor y el mundo crea en Jesucristo, único Salvador de todos los hombres. *Roguemos al Señor.*

«Pertener totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertener al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve.»

(BENEDICTO XVI, *Audiencia a los Superiores y Superiores Generales de los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica*, 22 de mayo de 2006).

Testigo de un Dios Providente que nunca nos deja de su mano

Nací en Tobar (Burgos) en el seno de una familia cristiana. Mis padres eran cristianos convencidos, sobre todo mi madre, una mujer muy religiosa y de gran fe. Tengo dos hermanos y una hermana.

Mi vocación nació en mí de forma espontánea. Puedo decir que creció conmigo desde la infancia. Me sentía atraída hacia la Vida Religiosa, inclinación alimentada al ver y oír a mis tías y una prima que eran Religiosas Hospitalarias. También me influía la lectura asidua de una hoja dominical, titulada «El Buen Amigo», que iba relatando la historia de un misionero. En realidad no sé si esta lectura me influenciaba o yo la leía porque estaba convencida de mi vocación y en esa lectura veía, de alguna forma reflejada, lo que yo quería que fuese mi vida.

Un día pasó por el pueblo una Religiosa, «Hermana de San José de Gerona», preguntando abiertamente si «había chicas que quisieran ser monjas». Mi madre, que conocía mis inclinaciones, fue enseguida a buscarme, (pues también le hacía ilusión tener una hija religiosa) y al decir yo que sí estaba dispuesta, fue hacia la Hermana y me presentó a ella. Después de hacerme unas cuantas preguntas, le pareció correcto lo que yo decía y fui admitida al colegio de Barcelona, desde donde se hacía la preparación para futuras religiosas. Yo estaba para cumplir 12 años cuando fui a Barcelona a la «Escuela Apostólica».

Éramos cuatro niñas del pueblo y se nos añadieron otras de pueblos cercanos hasta formar un grupo de dieciocho. El dejar a mi familia me costó. Sentía que «me dolía el alma». Al llegar a Barcelona y encontrar un grupo numeroso de jóvenes y niñas, más o menos como yo, que tenían vocación religiosa, me animé mucho y en poco tiempo me acostumbré al ambiente y las prácticas del colegio. Me gustaban también mucho los juegos y los cantos que aprendíamos. Pero el recuerdo de mis padres y hermanos, persistía siempre.

Otra cosa que me gustaba y me llenaba mucho era asistir a la misa y otros rezos que hacíamos las «Aspirantes» –como éramos llamadas– sobre todo cuando era junto a las Hermanas profesas. Todo me gustaba, aunque seguía recordan-

do mucho a mis padres. El amor a mi familia no ha decaído nunca, pero la atracción en el seguimiento de Jesús era tan fuerte, que no dudé nunca de que ese era mi lugar en el mundo. Asistir a los enfermos, a los que sufren, y hacerlo como Jesús lo hacía en el Evangelio, era mi objetivo primero, lo que más me motivaba. Todas las dificultades se me hacían llevaderas con tal de conseguir mi objetivo.

Ya más mayor, durante el Postulantado y más intensamente en el Noviciado, fui valorando y sopesando la autenticidad de mi vocación, y fui reafirmandome en ella. Lo que supuso para mí una gran ayuda fueron las enseñanzas de la Madre Maestra, quien con gran sencillez –propio de ella– nos inculcaba el amor y la fidelidad a Cristo.

Después, durante el tiempo de Votos Temporales, inmersa entre los estudios y el trabajo apostólico, fui madurando en mi opción, ayudada y estimulada por las enseñanzas y los ejemplos de las Hermanas mayores. Estas vivencias me han afianzado en la fidelidad a Cristo que he perseguido siempre. He estado siempre realizando mi labor apostólica con los enfermos. En los primeros años en Barcelona, Madrid, y en algunos lugares de Francia, donde pude aprender bien el francés.

La vocación misionera estuvo siempre muy dentro de mí, pero no se exteriorizó claramente hasta 1975, cuando nuestro Instituto incorporó las Misiones en África, si bien ya hacía muchos años que estábamos en países de América Latina. Pidieron voluntarias para ir a África y, entre las primeras que se ofrecieron estaba yo.

Primero estuve en Guinea Ecuatorial por espacio de 2 años; vine a España porque mi madre enfermó gravemente y ya no regresé a Guinea. En 1995 fui destinada a la República Democrática del Congo, a Rubare; con toda ilusión me incorporaba de nuevo a la tarea misionera, como enfermera en «Mi rincón de Rubare»; tenía sus encantos –aunque también sus desencantos– pero para mí era un lugar maravilloso. Un lago grandísimo (el lago Kivu), flores, árboles enormes, cafetales, la cadena de volcanes... Estos eran los encantos. Pero tenía también sus «desencantos»: las chozas en las que vive la gente, allí apiñada por falta de terreno. La inmensa pobreza de la gente, todos descalzos, vestidos con harapos, llenos de llagas, de tiña y otras enfermedades más graves, malaria, cólera... Era asombroso, en contraposición con la riqueza del país: rico geográficamente, petróleo, maderas nobles, el suelo produce dos cosechas anuales, los lagos, los minerales.

Si tu vida es Cristo

Y como contraste, la miseria y la falta de satisfacer las necesidades básicas de la población. ¡Cuánto trabajo que hacer! Y ¡qué impotencia y sufrimiento el poder hacer tan poco!

Sí, pero tiene también sus compensaciones: ver a la gente que con poco se contenta. Lo felices que eran ante la conclusión de un pequeño proyecto de ayuda al desarrollo. Son alegres, cuando están enfermos no se quejan y soportan el dolor con gran valentía. ¿Están acostumbrados? (¿Se puede acostumbrar una persona a sufrir...?). Son muy agradecidos, con frecuencia ante el menor servicio, te dicen «que Dios le bendiga».

Nuestra comunidad está formada por cuatro Hermanas, tres trabajamos en el «Centro de Salud San José» y la otra es maestra e imparte clases en un colegio cercano.

Alguien me preguntó si sabía que estaba en una zona de peligro. Lo supe antes de ir. Mirando el mapa con uno de mis hermanos me dijo: ¿Sabes que vas a la línea de fuego? Y fui. Por dos veces he visto de cerca el peligro, pero siempre me confié en el Señor y reafirmé la certeza de que nada me ocurriría sin estar Él conmigo. Así llegó el día 28 de octubre de este año 2008. Y a Él me confié. Eso me daba fuerza, confianza, y yo creo que alejaba el miedo. Le doy infinitas gracias porque no me ha abandonado, como yo sabía, y me permite seguir viviendo para dar testimonio de que es un Dios Providente que nunca nos deja de su mano.

De mis tres hermanos, añadir, que uno está en una residencia de personas mayores; mi hermana es monja, Clarisa de clausura, y el otro hermano es padre de familia.

Con la ayuda de Dios, todo lo puedo.

Hna. M^a Presentación López Vivar
Religiosa de San José de Gerona

El que busca, encuentra

Siempre que me piden un testimonio sobre cómo he llegado hasta aquí me da la sensación de que me repito, pero la verdad es que no puedo decir otra cosa... La historia de mi vida la ha trazado Dios y yo sólo me limito a contarla con la comprensión y luz que hasta el día de hoy Él me da.

Mi vocación a la vida consagrada no la entiendo como algo aislado... quiero decir, que forma parte de un plan de Dios mucho más amplio. Distingo en mi vida varias llamadas que Dios me ha hecho y a las que tarde o temprano, con mayor o menor consciencia, he tenido que responder.

La primera fue la *llamada a la vida*; este fue el primer don que Dios me dio. La respuesta no es consciente por nuestra parte pero, a medida que pasan los años, nos llega el momento de responder a este primer don que nuestro Dios Creador nos otorga. Respondemos como criaturas reconociéndole como nuestro Origen y Meta, como Creador de todo, por quien somos, nos movemos y existimos y por quien todo participa de un orden que debemos respetar.

A lo segundo que Dios me llamó fue a *ser su hija*, a la participación de la vida divina en Cristo, a formar parte de su Iglesia, y esto se me concedió por el bautismo; por supuesto que siendo niña tampoco era consciente, pero también llegó un momento donde, alcanzada cierta madurez, tuve que responder y decidí vivir como cristiana (al menos intentarlo) siguiendo a Cristo junto a mis hermanos en la Iglesia.

Y llegó la tercera llamada: *ser esposa de Cristo*. ¡Vaya!, ésta ya me pilló más adulta, pero no me la esperaba, pues yo tenía otros planes... En esta vocación se muestra la forma singular de mi seguimiento de Cristo; es algo más íntimo, una consagración especial dentro de la consagración bautismal. Ser *virgen consagrada* configura mi identidad más profunda; responder a ella supone encontrarme conmigo misma, con Dios, con los demás; es una vocación que integra todo mi ser.

Creo que cuando respondes a estas *llamadas* todo encaja, la vida tiene sentido, se adquiere entonces una visión nueva de todo.

Si tu vida es Cristo

Quizá Dios tiene pensado hacerme otra llamada que vaya perfilando - todavía más- mi vida, no lo sé... pero espero estar dispuesta y preparada para responder «sí». Al menos así se lo pido.

Lo dicho hasta ahora queda muy bonito, ¡y lo es!, pero no todo ha sido camino fácil ni siempre he respondido diligentemente. El plan que Dios tenía pensado para mí, lo que soy ante Él, no ha quedado exento de ser atacado por el enemigo de muy diversas maneras... ¿Quién no tiene experiencia de que a veces el ambiente, las asechanzas y trampas del *diablo*, la fragilidad de nuestra naturaleza, y tantas otras realidades amenazan nuestra vida y vocación por lo que en ocasiones no percibimos con nitidez la voz de Dios, su voluntad? Así, entre luchas, caídas, levantadas, alegrías, esfuerzos, ganas, oración... he ido y voy recorriendo el camino que me lleva a ser fiel a esa voluntad de Dios sobre mi vida; con la confianza de que ni el mal, ni el pecado tienen ni tendrán nunca la última palabra.

Recuerdo con ternura la primera vez que el Señor despertó en mi corazón el deseo de entregarle toda mi vida; sorprendida, no sabía donde ni cómo sería eso. Después de un largo periodo de búsqueda (en el que, si bien es cierto que sufrí mucho, también lo es que aprendí y me hizo madurar enormemente), en el momento que Él quiso, vi con claridad cuál era el lugar en la Iglesia que Dios había pensado para mí: El Orden de Vírgenes.

Descubrí entonces una vocación:

- *Primigenia*: por tratarse de una vocación que está en los orígenes de la Iglesia primitiva. Me entusiasmó el poder compartir la misma llamada de aquellas mujeres cristianas de la Iglesia naciente en los primeros siglos del cristianismo, muchas de las cuales murieron mártires.
- *Eclesial*: pues no tenemos un fundador o fundadora que no sea Cristo mismo. ¡Somos de la Iglesia!, sin otra espiritualidad que no sea la específicamente cristiana; no tenemos *Constituciones o Reglas* como las familias religiosas de la tradición católica; nuestra única Regla es el Evangelio y nuestras Constituciones el Magisterio de la Madre Iglesia; tampoco sobresalimos por un acento carismático distinto de la misma virginidad esponsal; y no vivimos otra devoción particular que la netamente mariana, pues es María nuestro modelo, como primera

virgen consagrada enteramente a Jesucristo. Hacemos nuestro y amamos todo lo que pertenece a la Iglesia.

- *Esposal*, pues por medio del rito por el que somos consagradas quedamos configuradas explícitamente en ‘esposas de Cristo’. Esta identidad nos lleva a seguir al Cordero a donde quiera que vaya y amar al Esposo que se hizo pobre y obediente, no desde una renuncia a la posesión de bienes o la obediencia a una superiora, sino con la pobreza del trabajo, la sencillez de vida y la obediencia a Dios a través de sus mediaciones, tanto de personas como de circunstancias de la vida, tal y como Jesús y María formalmente las vivieron.
- *De oración y de servicio en la Caridad* a la Iglesia, cuerpo de Cristo (al que nos hemos entregado), nos ponemos bajo la autoridad del Obispo de la diócesis, quien, como sucesor de los apóstoles, nos consagra y nos introduce así en el gozo y frescura de la donación amorosa ofrecida según las cualidades y capacidades de cada una.
- *Exclusivamente femenina* pues es la virgen consagrada como mujer la que representa y significa –de un modo más visible–, a ejemplo de María, la esponsalidad, maternidad y fecundidad espiritual de la Iglesia.

Agradezco infinitamente al Señor que haya recuperado esta vocación y su ritual en la Iglesia después de tantos siglos de *silencio* para esta original forma de consagración. Es enorme la alegría que se experimenta cuando después de tanto buscar, lo que llevas por dentro (que al fin y al cabo lo pone Dios) es verdadero y ¡está en la Iglesia de Cristo! Y es que, como asegura Jesús en el Evangelio, ¡el que busca, encuentra!

Sólo me queda pues caminar humildemente y acoger con amor esta bella invitación de Dios hasta la última llamada que será el día de mi Pascua definitiva de este mundo a la Casa del Padre (el día de mi muerte). Me presentaré ante el Esposo y no quiero decir como los de la parábola «*Señor, Señor, he hablado de ti, mira lo que he hecho por ti...*». ¡No! No diré nada, sólo esperaré en su amor de Esposo, para que habiéndome preparado bien durante toda la vida y embellecida por Su Misericordia, Jesús me diga al verme: «*te estaba esperando, ven, entra al banquete de tu Señor*», y que su mirada reconozca en mí la

Si tu vida es Cristo

imagen que Dios había pensado desde toda la eternidad. Y entonces será el momento de decir ese SI con mayúsculas que me permitirá vivir en plenitud y consumir lo que en esta vida he empezado a saborear.

Mercedes Luján
Ordo Virginum
Archidiócesis de Madrid

«Queridos hermanos y hermanas, irradiad siempre y en todo lugar el amor de Cristo, luz del mundo. María santísima, la Mujer consagrada, os ayude a vivir plenamente vuestra especial vocación y misión en la Iglesia, para la salvación del mundo.»

(BENEDICTO XVI)

Palabra de Dios y vida consagrada

La vida consagrada nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En la escuela de la Palabra, redescubre continuamente su identidad y se convierte en «evangelica testificatio» para la Iglesia y para el mundo.

Llamada a ser «exégesis» viviente de la Palabra de Dios (cf. Benedicto XVI, 2 de febrero de 2008), es ella misma una palabra con la cual Dios sigue hablando a la Iglesia y al mundo.

El Sínodo agradece a las personas consagradas su testimonio del Evangelio y su disponibilidad a proclamarlo en las fronteras geográficas y culturales de la misión mediante sus servicios carismáticos.

Les exhorta al mismo tiempo a cuidar los espacios personales y comunitarios de escucha de la Palabra de Dios y a promover escuelas de oración bíblica abiertas a los laicos, sobre todo a los jóvenes. Sepan escuchar la Palabra de Dios con corazón de pobres y expresen su respuesta en el compromiso por la justicia, la paz y la integridad de la creación.

(De la Proposición 24.
Sínodo sobre La Palabra de Dios
en la vida y en la misión de la Iglesia)

María, a ti, Madre de la Iglesia,
que deseas la renovación espiritual y apostólica de tus hijos e hijas
en la respuesta de amor y de entrega total a Cristo,
elevamos confiados nuestra súplica.
Tú que has hecho la voluntad del Padre,
disponible en la obediencia,
intrépida en la pobreza
y acogedora en la virginidad fecunda,
alcanza de tu divino Hijo,
que cuantos han recibido el don de seguirlo en la Vida Consagrada,
sepan testimoniario con una existencia transfigurada,
caminando gozosamente,
junto con todos los otros hermanos y hermanas,
hacia la patria celestial y la luz que no tiene ocaso.

(Vita Consecrata, 112)